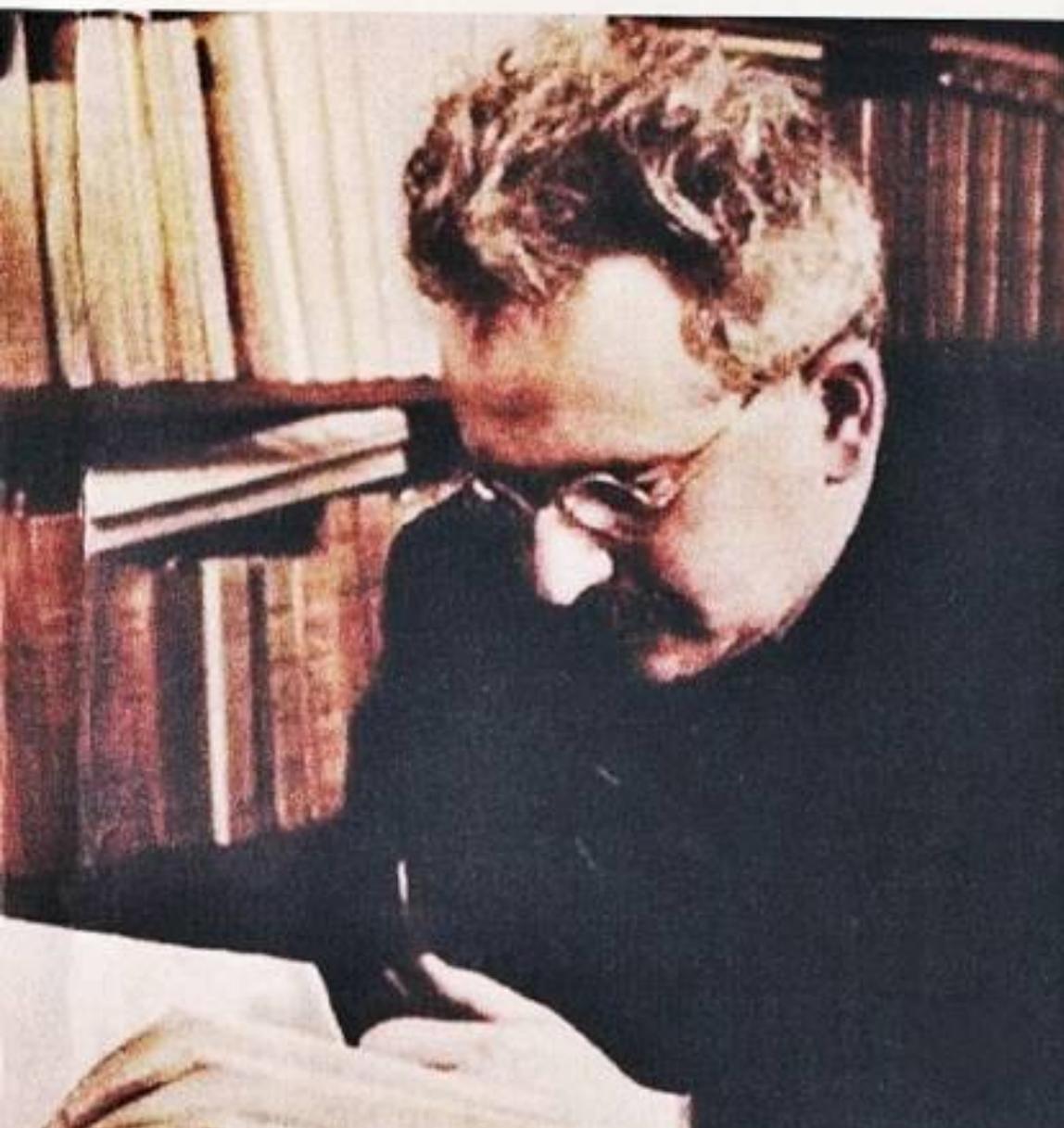


Walter Benjamin

Desembalo mi biblioteca

El arte de coleccionar



En los textos reunidos en este volumen, Walter Benjamin analiza aspectos muy diversos de la que fue su gran pasión: los libros, expresión privilegiada de unas formas culturales todavía «humanas», pero cada vez más amenazadas por el avance imparable de la tecnología.

Indice

Prólogo

Desembalo mi biblioteca. Discurso sobre el arte de coleccionar

Para coleccionistas pobres

Libros de enfermos mentales que se encuentran en mi colección

Novelas de criadas del siglo pasado

Las cosas con las que nuestros abuelos se rompían la cabeza

Panorámica sobre el libro infantil

Abecedarios de hace cien años

La pirámide de luces, antecesora del árbol de Navidad

Juguetes rusos

Prólogo

Filósofo, historiador, crítico de arte, crítico literario y traductor, Walter Benjamin fue una figura sobresaliente de ese mundo, sin duda vertiginoso, probable mente caótico, pero también extremada mente vivo desde el punto de vista intelectual, que fue la Europa del período comprendido entre las dos guerras mundiales. En su obra se conjugan la teología, la filosofía del lenguaje y el marxismo, todo ello envuelto en un espíritu neorromántico que el marxismo ortodoxo de su tiempo no dejó de reprocharle. Pero por encima de toda posible influencia, encontramos en Benjamin a un espíritu independiente, atípico, cuya mirada acerbamente crítica nos proporciona un vivo y esclarecedor testimonio sobre un momento decisivo de nuestra historia más reciente.

Su vida

Walter Benjamin nació en Berlín en 1892 en el seno de una familia de origen judío. Su padre fue primero banquero y después anticuario. Estudió en el Friedrich Wilhelm Gymnasium de Berlín y en una escuela particular de Turingia. Tras terminar el bachillerato, Walter Benjamin comenzó sus estudios de filosofía, germanística e historia del arte en la universidad de Friburgo, pero tras un primer semestre volvió a Berlín, donde continuó los estudios de filosofía. En 1914 fue elegido presidente de la *Freie Studentenschaft* (Asociación Libre de Estudiantes), en cuya revista *Der Anfang*, con

la que había empezado a colaborar cuatro años antes, escribe ensayos a favor de un cambio educativo y cultural de carácter radical. No obstante, poco después, y debido a ciertos desacuerdos ideológicos, se retira de las actividades del grupo renunciando igualmente a su colaboración en *Der Anfang*.

En ese mismo año de 1914 comienza a traducir las obras de Charles Baudelaire. Al año siguiente se trasladó a Munich, donde continuó sus estudios y donde conoció a Rainer Maria Rilke y a Gershom Scholem, el estudioso del misticismo judío, con quien mantuvo una estrecha relación durante toda su vida, relación que será decisiva para ambos. Casado con Dora Pollack, la pareja pasa un tiempo en Dachau y luego se trasladan a Suiza, donde Walter se inscribe en la universidad de Berna, y comienza a escribir su tesis doctoral sobre la crítica de arte en la época romántica. Walter y Dora tuvieron un hijo, Stefan Rafael, que nació en 1918. Al año siguiente, Benjamin obtiene el doctorado y prosigue sus traducciones de Baudelaire. Por esa época conoce a Ernst Bloch, publica el ensayo *Kritik der Gewalt (Para una crítica de la violencia y otros ensayos)* y prepara el plan de una revista, *Angelus Novus*, que no llegó a ver la luz. Su situación económica no es fácil y comienzan también las divergencias con su esposa; intenta conseguir un puesto para enseñar en la universidad, pero no lo consigue.

En 1923 conoce a Adorno y a Lukács, cuya *Teoría de la novela* (1920) tendrá una gran influencia sobre él, y publica *Charles Baudelaire: Tableaux parisiens*. La situación política hace difícil la vida de su padre, que pasa por graves problemas financieros que comprometen la ayuda que presta a Walter, Dora y Stefan. Gershom Scholem, que es ya su mejor amigo, va a trasladarse a Palestina e intenta convencer a Walter Benjamin y su familia para que le acompañen, pero éstos no se sienten inclinados a dejar Alemania.

Se traslada con Ernst Bloch a la isla de Capri y conoce a la actriz Asja Lascis, comunista letona que le inicia en el ma-

rxismo; Lascis se convirtió en su amante y llegó a tener una importante influencia intelectual en su vida. Hugo von Hoffmannsthal le publica un ensayo sobre *Las afinidades electivas* de Goethe en la revista *Neue Deutsche Beiträge*. Entre 1923 y 1925 trabaja en su obra más amplia, *El origen del drama barroco alemán*, que, como análisis filosófico de una forma cultural históricamente determinada, constituye un ejemplo del método crítico de su autor, que no se limita a la especulación sobre los temas clásicos de la filosofía, sino que más bien se aplica a las realidades culturales. Benjamin lo presentará a la Universidad Goethe de Fráncfort como credencial para conseguir un puesto docente, pero el trabajo será rechazado y Benjamin se verá privado una vez más de enseñar en la universidad.

En 1926 vive en París y en Monaco. Traduce el primer volumen de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust y colabora con dos periódicos alemanes. Hace un breve viaje a Berlín, con ocasión de la muerte de su padre, y parte para Moscú donde se reencuentra con Asja Lascis, que está enferma en un sanatorio. Vuelve luego a París y termina la traducción del segundo volumen de la obra de Proust. Por esta época, la aproximación de Benjamin al marxismo es clara y el concepto marxista de alienación ocupará desde entonces un lugar fundamental en su obra.

Al año siguiente comienza a escribir el *Libro de los pasajes*, su gran obra sobre la vida parisina del siglo XIX, que nunca llegó a terminar. Ese mismo año ve por última vez, en París, a Gershom Scholem, que de nuevo intenta convencerle, sin éxito, para que se traslade con él a Palestina. En 1928 se separa de su esposa, de la que se divorcia dos años más tarde. Publica a continuación *Calle de dirección única* y conoce a Bertolt Brecht por mediación de Asja Lascis, que colabora con el dramaturgo. Walter rompería su relación con Asja en 1930, el mismo año que murió su madre.

De 1932 data su primera estancia en Ibiza durante varios meses. La situación en Alemania es entonces complicada; Adolf Hitler está a punto de tomar el poder y Benjamin abandona definitiva mente su país. Ante la toma del poder por el nacionalsocialismo en 1933, con la consiguiente persecución de los judíos, se trasladó a París, pero antes de hacerlo visitó a Bertolt Brecht, que se había refugiado en Svendborg (Dinamarca) y pasó unos meses en San Remo, donde vivía su ex esposa Dora.

En esta época colabora con Max Horkheimer y recibe ayuda económica del Instituto de Investigación Social. En París conoce a Hanna Arendt y Herman Hesse. La revista del Instituto de Investigación Social, *Zeitschrift für Sozialforschung*, le publica varios textos, entre ellos algunos de los más relevantes del autor y, en particular, el que llegará a ser probablemente su texto más leído: *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*.

En 1937 Benjamin trabaja en *El París del Segundo Imperio en Baudelaire*, y conoce a Georges Bataille, a quien más tarde confiaría el manuscrito del *Libro de los pasajes*. Al año siguiente visita por última vez a Bertolt Brecht, que sigue refugiado en Dinamarca y a quien Benjamin ha confiado momentáneamente la custodia de su biblioteca. Mientras tanto, el régimen nazi ha desposeído a los judíos de la nacionalidad alemana. Convertido en apátrida, es internado por el Gobierno francés en el «campo de trabajadores voluntarios» de Vernuche, cerca de Nevers, donde permaneció tres meses, siendo liberado gracias a la mediación de algunos intelectuales franceses, amigos suyos. De nuevo en París, escribe sus *Tesis sobre la filosofía de la historia*.

El 13 de junio de 1940, un día antes de la entrada de los alemanes en París, deja la capital y se dirige a Lourdes. De ahí se traslada a Marsella y finalmente, el 25 de septiembre, llega a Port-Vendres, junto a la frontera, con la intención de pasar a España, camino de Portugal, desde donde proyecta volar a Estados Unidos con un visado que le ha proporcio-

nado Max Horlvheimer. En el pequeño pueblo de los Pirineos Orientales se encuentra con Hans y Lisa Fittko, dos alemanes opositores al régimen nacionalsocialista que le facilitarán el paso clandestino de la frontera. Junto con Henny Gurland —que será la futura esposa de Erich Fromm— y su hijo, que también escapan del nazismo, y conducidos por Lisa, llegan tras diez horas de marcha a Portbou. Allí son interceptados por un grupo de paramilitares franquistas y las autoridades españolas advierten a los fugados de que unas nuevas directrices disponen la devolución a Francia de todos los refugiados, incluidos los judíos. Ante lo que parece una deportación inminente que le llevaría a caer en manos de la Gestapo, el 25 de septiembre de 1940 Benjamin escribe en Portbou una nota que deja a Henny Gurland: «En una situación sin salida, no tengo más opción que terminar. Mi vicia va a acabar en este pequeño pueblo de los Pirineos donde nadie me conoce. Le ruego que transmita mis pensamientos a mi amigo Adorno y que le explique la situación a la cual me he visto conducido. No dispongo de tiempo suficiente para escribir todas las cartas que habría deseado escribir».

Si bien la nueva reglamentación no llegaría nunca a ser aplicada, y sus compañeros de fuga podrían seguir su camino, Walter Benjamin nunca llegó a enterarse de eso, pues se suicidó —oficialmente, al menos— el 26 de septiembre ingiriendo una dosis mortal de morfina.

Aunque su cadáver nunca fue encontrado, un monumento funerario se levanta en su honor en el cementerio de Portbou. No obstante, su muerte no está exenta de misterio y nunca ha sido total mente aclarada. De hecho, otras hipótesis han sido emitidas al respecto. David Mauas, en su película documental *¿Quién mató a Walter Benjamin?*, presenta la tesis de que habría sido asesinado por los fascistas españoles, mientras que Stephen Schwartz, en un artículo publicado en julio de 2003 en *The Observer*, afirma que habría muerto a manos de unos agentes al servicio de Stalin.

Dos años después de su muerte, Max Horkheimer y Theodor W. Adorno editarán un volumen titulado *Walter Benjamin zum Gedächtnis* (*En memoria de Walter Benjamin*) en el que aparecen por primera vez sus *Tesis sobre la filosofía de la historia*. En 1955 Theodor W. Adorno y Gretel Adorno editan dos volúmenes con una selección de sus textos, y en 1972 la editorial Suhrkamp publica la edición crítica de sus obras en seis volúmenes, *Gesammelte Schriften*, que se completará con un séptimo volumen en 1989.

Desembalo mi biblioteca

Los textos reunidos en este volumen fueron escritos antes de 1933, año en el que Benjamin abandonó definitivamente Alemania. Tienen en común el girar todos ellos en torno a la que fue su gran pasión: los libros. Cualquier amante de los libros que se haya visto obligado en alguna ocasión a hacer una mudanza, conoce perfectamente su peso, no sólo intelectual sino también físico, y las dificultades que una biblioteca ofrece a su traslado. Es fácil imaginar, pues, los problemas que sus libros ocasionaron a Benjamin, cuya vida fue un peregrinar constante no sólo por Alemania sino por toda Europa: hasta 1933, numerosos desplazamientos por razones voluntarias, fundamentalmente de estudio; a partir de esa fecha, exilio forzoso por razones políticas. Incluso «asentado» supuestamente en París, una lista de domicilios redactada en 1938 para una solicitud de nacionalización indica quince cambios de dirección en cinco años.

Según indica en su correspondencia, Benjamin sintió por primera vez la necesidad interior de poseer una biblioteca en 1916; a partir de ese momento las relaciones con sus libros son una apasionada y accidentada historia de amor. El ensayo que da título a este volumen fue escrito con ocasión del desembalaje en Berlín, en diciembre de

1931, de la biblioteca que había permanecido embalada desde agosto de 1929. Podemos entrever en este texto cómo la relación de Benjamin con sus libros tuvo un significado pro fundo que va mucho más allá de la simple relación burguesa de posesión, o que, mejor dicho, tiene poco que ver con ella. Es, en realidad, toda una concepción del tiempo lo que se nos sugiere como en transparencia a través de la relación estrictamente *personal* que su propietario mantiene con los viejos volúmenes cargados de historia, que le permiten el acceso a un tiempo susceptible de ser de algún modo recuperado. Esa relación personal, y por tanto concreta con su biblioteca, relación que podría remitir más bien a una experiencia arcaica de la propiedad, protege de la abstracción de la experiencia colectiva, y por ende despersonalizante, representada por la biblioteca pública o el museo.

Incrementar la biblioteca cuando apenas se dispone, como en el caso de Benjamin, de recursos económicos es todo un arte que requiere de inteligencia y habilidad. En su ensayo «Para coleccionistas pobres», se nos ofrecen unos interesantes ejemplos de cómo arreglárselas en tan difíciles circunstancias, recurriendo a modalidades de adquisición que se sitúan al margen de las formas convencionales de la economía de mercado.

En Benjamin, la fascinación por los «libros de locos», tema al que está dedica do otro de los ensayos aquí contenidos, se remonta a 1918, durante sus estudios de doctorado en Berna, donde participó en un seminario sobre la teoría de las pulsiones de Freud, lo que le permitió descubrir las *Memorias de un neurópata* de Daniel Paul Schreber, punto de partida de una pequeña pero relevante colección de «libros de enfermos mentales», cuya dimensión iconográfica parecía atraer de forma muy especial a Benjamin, probablemente por sus posibilidades de facilitar el acceso a otros mundos imaginativos.

El libro para niños siempre interesó a Benjamin de una forma particular y dos de los trabajos aquí reunidos, «Panorámica sobre el libro infantil» y «Abecedarios de hace cien años», van a ocuparse de este tema. Benjamin poseía una colección de libros infantiles que, por cierto, fue motivo de querellas con su ex esposa, quien final mente se quedaría con la colección. El filósofo encuentra en esos antiguos textos infantiles el reflejo de otra manera distinta de leer, más ligada a la antigua tradición oral, que las técnicas pedagógicas modernas no siempre son capaces de entender. De los antiguos libros infantiles, reviviendo sin duda su propia experiencia de niño, nos contará en su «Crónica berlinesa»: «No se leían de principio a fin, sino que se habitaba, se vivía entre sus líneas [...] El mundo que se abría en el libro y el libro mismo no podían ser separados de ningún modo y constituían estrictamente una unidad». Vemos reaparecer aquí esa valoración de la propia materialidad del libro, tan esencial desde la perspectiva del coleccionista.

Como historiador y crítico de la cultura, Benjamin no sólo se preocupó de las manifestaciones de la «alta cultura», sino también de toda una serie de expresiones «inferiores» y frecuentemente desprecia das que tienen, sin embargo, la posibilidad de acercarnos a lo que ha sido real mente la vida de los seres humanos en una época determinada. Una de esas manifestaciones populares, de las que no se ocupa la historia oficial de la literatura, son sin duda las «novelas de criadas»: folletines, habitualmente acompañados de ilustraciones, que Benjamin analiza con penetrante perspicacia.

En esa misma línea de preocupación por una cultura popular, que Benjamin percibe ya al borde de su extinción, se sitúan sus textos sobre los jeroglíficos, la pirámide de Navidad y los juguetes rusos. Los jeroglíficos, en concreto, al reunir lo figurativo, lo ideográfico y lo fonético, son un perfecto ejemplo de esa simbiosis de imagen y texto —lo mismo que los abecedarios— que tanto interesó a Benjamin. El breve texto sobre la pirámide de Navidad, describe so-

meramente el efecto destructor de la economía de mercado sobre las tradiciones populares y la súbita transmutación de un símbolo en un objeto de consumo destinado a satisfacer una necesidad tan básica como la de calentar se en invierno; el texto revela, pues, con claridad el peso del materialismo histórico en la formación del autor. Y en su ensayo sobre los juguetes rusos se puede subrayar, de manera similar, su llamada de atención sobre el avance imparable de la tecnología y su implícita amenaza, que la historia posterior no ha hecho sino confirmar, sobre unas formas culturales de dimensión todavía «humana».

F. O.

Desembalo mi biblioteca

El arte de coleccionar

Desembalo mi biblioteca. Aquí está. No se encuentra aún instalada en los estantes, todavía no la ha envuelto el tedio ligero de la clasificación. Tampoco puedo recorrer sus hileras para revisarla, acompañado de interlocutores amigos. Pero no teman. Aquí me limito a rogarles que se trasladen conmigo entre el desorden de cajas desclavadas, en un ambiente saturado de polvo de madera, sobre un suelo cubierto de papeles rotos, en medio de unas pilas de volúmenes exhumados hace muy poco a la luz del día tras dos años de oscuridad, para compartir desde el principio, en alguna medida, algo del ánimo, nada elegíaco sino, al contrario, impaciente, que despiertan los libros en el auténtico coleccionista. Pues es uno de ellos quien les habla, y lo hace, a fin de cuentas, únicamente de él. ¿No sería presuntuoso entonces que enumerara aquí, apelando a una aparente objetividad o sobriedad, las obras y secciones principales de una biblioteca, o que les expusiera su génesis, incluso su utilidad para el escritor? En todo caso, y en lo que me concierne, aspiro en lo que sigue a algo menos difuso, más tangible; lo que más me interesa es hacer posible una mirada sobre la relación del coleccionista con sus riquezas, ofrecer un panorama sobre el hecho de coleccionar, más que sobre una colección en concreto. Ahora bien, es perfectamente arbitrario que lo haga por medio de consideraciones sobre los diversos modos de adquirir los libros. Recurrir a tal disposición o a otra cualquiera no es más que un dique de contención contra el raudal de recuerdos que afluye impetuoso sobre todo coleccionista que se ocupa de su tesoro. Toda pasión, sin duda, confina con el caos, y la

pasión del coleccionista confina con el caos de los recuerdos. Pero iré más lejos: el azar, el destino, que con sus colores impregnan el pasado que está bajo mis ojos, se ofrecen ahí al mismo tiempo a los sentidos, a través del habitual bataburrillo de libros. Pues ese género de posesión, ¿qué es sino un desorden en el que la costumbre se ha hecho tan familiar que puede llegar a adquirir la apariencia de orden? Ya habrán oído hablar de personas a las que la pérdida de sus libros ha llegado a enfermar, y de otras a las que su adquisición ha convertido en delincuentes. Todo orden, precisa mente en estos ámbitos, no es sino un estado de inestabilidad sobre el abismo. «El único saber exacto —decía Anatole France— es el conocimiento de la fecha de aparición y del formato de los libros». En efecto, si existe un elemento compensador al desorden de una biblioteca, es la regularidad de su catálogo.

Así, la existencia del coleccionista está regida por una tensión dialéctica entre los polos del orden y el desorden.

Esa existencia también está ligada, naturalmente, a muchas otras cosas. A una relación muy enigmática hacia la posesión, sobre la que más adelante puede ser conveniente decir unas palabras. Además, a una relación hacia las cosas que, lejos de poner en primer plano su valor funcional, y por tanto su utilidad, su uso posible, las estudia y las quiere, al contra rio, como escenario o teatro de su destino. El hechizo más profundo del coleccionista es cercar el ejemplar en un círculo embrujado donde se petrifica, sacudido por un último estremecimiento: el de haber sido adquirido. Todo lo que atañe a la memoria, al pensamiento, a la conciencia, se convierte en zócalo, marco, pedestal, sello de su posesión. La época, el paisaje, la artesanía, el propietario del que procede el susodicho ejemplar, todo esto se reúne a los ojos del coleccionista en cada una de sus posesiones, para componer una enciclopedia mágica, cuya quincuagesencia no es otra que el destino de su objeto.